

La aritmética voluntarista. Oscilaciones del Partido Comunista argentino frente a la dicotomía peronismo-antiperonismo (1943-1955)

The voluntaristic arithmetic. Oscillations of the Argentine Communist Party against the Peronism-Anti-Peronism dichotomy (1943-1955)

Pablo Pizzorno*

Resumen: Ante la fuerte polarización que emergió en la década de 1940 entre peronismo y antiperonismo, el Partido Comunista argentino fue la única fuerza política que evitó asumir una posición definida bajo alguno de los dos campos. Tras participar activamente de la opositora Unión Democrática en las elecciones de 1946, el comunismo se distanció de los partidos antiperonistas, a quienes criticó por llevar a cabo una “oposición sistemática” al gobierno. Sin embargo, también cuestionó al peronismo, a pesar de admitir su exitosa interpelación a las masas populares. A la espera de que ese vínculo se disolviera, la prédica comunista consistió en convocar a los elementos progresistas, tanto oficialistas como opositores, a un nuevo reagrupamiento político. El fracaso de esta estrategia estaría atravesado por una marcada oscilación entre los dos grandes campos que absorbieron casi totalmente a la política argentina.

Palabras clave: Partido Comunista, Peronismo, Antiperonismo, Identidades políticas

Abstract: Argentine Communist Party was the only political force that avoided assuming a defined position in the strong polarization that emerged in the 1940s between Peronism and Anti-Peronism. After actively participating in the Democratic Union in 1946 elections, communism distanced itself from the Anti-Peronist parties, which it criticized for carrying out a “systematic opposition” to the government. However, it also questioned Peronism, despite admitting its successful interpellation to the popular masses. Waiting for that support to dissolve, communism asked for the progressive sectors, both ruling and opposition, to a new political regroupment. The failure of this strategy would be crossed by a marked oscillation between the two great fields that almost completely absorbed Argentine politics.

Keywords: Communist Party, Peronism, Anti-Peronism, Political Identities

Recibido: 11 marzo 2020 Aceptado: 20 mayo 2020

* Argentino. Doctor en Ciencias Sociales (UBA). Magíster en Ciencia Política (IDAES/UNSAM). Licenciado en Ciencia Política (UBA). Becario postdoctoral (CONICET-IDAES/UNSAM). ppizzorno@gmail.com. Agradezco los comentarios y sugerencias de ambos evaluadores/as anónimos.



A través de una aritmética voluntarista, hecha de sumas y sustracciones en el papel, los comunistas veían prefigurarse un nuevo reagrupamiento de fuerzas...

Carlos Altamirano. *Peronismo y cultura de izquierdas*.

Introducción

El conflicto entre peronismo y antiperonismo es frecuentemente señalado como el eje más relevante de la historia argentina de la segunda mitad del siglo XX. Uno y otro constituyen identidades políticas nacidas en la década de 1940 que han conservado su vitalidad y se han reactualizado de diversas formas hasta nuestros días. A partir de esta centralidad, la pregunta por los orígenes del peronismo es uno de los temas recurrentes de las ciencias sociales argentinas, despertando interés incluso más allá de sus fronteras. El campo antiperonista, en cambio, ha sido un objeto más esquivo y relegado, a pesar de la incipiente publicación de estudios especializados en los últimos años¹.

La naturaleza relacional de las identidades políticas -esto es, que toda identidad se define en base a una delimitación respecto de lo que ella no es- requiere analizar la constitución y dinámica tanto del campo peronista como del antiperonista para indagar en los orígenes de dicho antagonismo. Desde sus orígenes, peronismo y antiperonismo se definieron mutuamente en contradicción: uno y otro asumieron rasgos que se consolidaron en base a la contienda con su adversario. Esta perspectiva no siempre se ha tenido en cuenta para analizar el antiperonismo, frecuentemente considerado un fenómeno meramente residual y reactivo, o excesivamente heterogéneo para ser abordado integralmente. Sin embargo, en paralelo a los orígenes del peronismo, es posible rastrear la conformación de una identidad antiperonista capaz de articular diversas procedencias y trayectorias políticas en oposición al peronismo emergente².

La premisa de tomar al antiperonismo como una identidad política no supone, de todos modos, negar su composición heterogénea. El proceso de articulación antiperonista supuso la conformación de un espacio identitario relativamente común y una creciente desparticularización del campo no peronista. Sin embargo, todas las fuerzas políticas que participaron de dicho proceso experimentaron tensiones entre ellas y hacia su interior, en buena medida debido a los desplazamientos y mutaciones identitarias que reclamó el ejercicio opositor. Por otro lado, la heterogeneidad no es un patrimonio exclusivo del antiperonismo: la evidencia histórica indica que el peronismo articuló en sus orígenes a una importante variedad de actores políticos y sociales, a pesar de que generalmente se lo haya reconstruido de forma unívoca y homogénea.

Este trabajo se basa en los posicionamientos del Partido Comunista (PC) argentino durante el primer peronismo, desde el ascenso político de Juan Domingo Perón hasta su derrocamiento a través de un golpe militar en 1955. Las peculiaridades del comunismo lo sitúan como una fuerza política difícil en encasillar en alguno de los dos campos que polarizaron a la sociedad argentina en dicho período. Esta renuencia a identificarse plenamente con alguno de los bandos en disputa permite reflexionar no sólo sobre la trayectoria del comunismo argentino, sino que además invita a considerarlo un punto de vista relativamente equidistante para evaluar las disputas que atravesaron aquella primera década peronista. Más interesante aún es que dicha equidistancia surge por promedio; en realidad, a lo largo del período, el

¹ Entre los estudios que no se concentran en un actor en particular, puede mencionarse a Marcela García Sebastiani, *Los antiperonistas en la Argentina peronista. Radicales y socialistas en la política argentina entre 1943 y 1951*, Buenos Aires: Prometeo, 2005; María Estella Spinelli, *Los vencedores vencidos. El antiperonismo y la "revolución libertadora"*, Buenos Aires: Biblos, 2005; Jorge Nállim, *Las raíces del antiperonismo. Orígenes históricos e ideológicos*, Buenos Aires: Capital Intelectual, 2014 y Nicolás Azzolini, *Los tiempos de la democracia. Conceptos, identidades y debates políticos durante el primer peronismo(1943-1955)*, Villa María: Eduvim, 2018.

² Autor, 2018.



PC se situará alternadamente casi como un aliado político del gobierno o como un tenaz opositor. Su marcada y continua oscilación reflejan su incomodidad con las coordenadas que asumió la polarización entre peronistas y antiperonistas, que a criterio del comunismo argentino, dispersaba equívocamente elementos progresistas y reaccionarios que anidaban en ambos campos.

A través de declaraciones partidarias y de documentos seleccionados de Victorio Codovilla, el líder indiscutido del PC en esta etapa, se reconstruirá el posicionamiento del comunismo frente a la dicotomía entre peronismo y antiperonismo, y a su voluntad de reemplazarla por una de tipo izquierda-derecha. De este modo, se recorrerá la afinidad política y cultural construida con el resto de la oposición en torno al antifascismo liberal de los años '30, que desembocaría en la conformación de la Unión Democrática (UD) en 1945. Esta solidaridad, sin embargo, entraría en crisis tras el triunfo de Perón, cuando el comunismo se alejó de los modos predominantes de ejercer la oposición por parte de sus antiguos aliados electorales.

A pesar de reconocer la exitosa interpelación del peronismo a las clases populares, el PC interpretó ese vínculo como circunstancial y destinado a desaparecer. En ese sentido, procuró un acercamiento al gobierno bajo la voluntad de “esclarecer” a las bases peronistas, con la expectativa de que el anhelado distanciamiento entre Perón y sus simpatizantes condujera al reencuentro de los trabajadores con su partido de clase. Esta actitud se tradujo en un acompañamiento crítico al gobierno, consistente en “apoyar lo bueno y criticar lo malo”, que a la vez se distanciaba fuertemente de la “oposición sistemática” ejercida por la mayoría del campo antiperonista. En este contexto, el comunismo resultaría un actor relativamente volátil en un contexto de polarización cada vez más rígido y recíprocamente hostil.

El comunismo argentino: del antifascismo liberal al antiperonismo

La aparición del peronismo en la vida pública argentina alteró notoriamente la trayectoria de los partidos que hasta entonces habían predominado en ella. Los radicales, como principales opositores, harían de ese antagonismo un rasgo central de su identidad política, abrazando con mayor énfasis la defensa de la democracia liberal y la crítica al autoritarismo encarnado en la figura de Perón. Por su parte, los conservadores, identificados con la herencia del orden decimonónico y, más recientemente, con los gobiernos fraudulentos de la década de 1930, iniciarían su eclipse definitivo como fuerza nacional. Finalmente, para las izquierdas, el ascenso del peronismo significó el comienzo de un prolongado desencuentro con su sujeto privilegiado, la clase trabajadora, inaugurando una larga historia que varió del rechazo abierto a diversas formas de aproximación.

El comunismo argentino nació en 1918 como una escisión por izquierda del Partido Socialista (PS), motivada principalmente por la defensa de la Revolución Rusa enarbolada por un grupo disidente que terminaría alejándose del PS y fundando el Partido Socialista Internacional. De este modo se convirtió en el primer partido comunista de Sudamérica, nombre que adoptó formalmente en 1920 al adherir a la Internacional Comunista. De las épocas de ala izquierda del PS provenía el liderazgo del obrero gráfico José Penelón, aunque éste se alejó en una de las escisiones que sufrió el partido en la década del '20. A partir de entonces se consolidaría una conducción partidaria integrada por dirigentes que ocuparían ese lugar por décadas, como Victorio Codovilla y Rodolfo Ghioldi, caracterizados además por una estrecha vinculación con Moscú³.

En sus primeros años, el PC adoptó un fuerte perfil opositor a los primeros gobiernos radicales (1916-1930) surgidos de la sanción del sufragio universal masculino. En paralelo, inició una gradual

³ Sobre los orígenes, primeros años y escisiones del comunismo argentino, véase Daniel Campione, “El Partido Comunista de la Argentina. Apuntes sobre su trayectoria”, E. Concheiro Bórquez, M. Modonesi y H. Crespo (coords.), *El comunismo: otras miradas desde América Latina*, México: UNAM, 2007, 167-215 y Hernán Camarero, *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo, 1920-1935*, Buenos Aires: Siglo Veintiuno, 2009.



expansión en el movimiento obrero que se extendería durante la década de 1930, superando a socialistas y anarquistas como la corriente política más importante del sindicalismo argentino. Esta ascendente presencia, especialmente en ramas industriales, también se manifestó en la creación de múltiples asociaciones en el seno de la clase obrera como bibliotecas, escuelas, clubes, agrupaciones femeninas y de inmigrantes. Al compás de su creciente gravitación, los militantes comunistas también fueron víctimas de la represión policial y del hostigamiento del nacionalismo de derecha, expresada en frecuentes detenciones y torturas clandestinas, así como persecuciones y despidos en las fábricas⁴.

El PC no fue ajeno a las directivas emanadas en 1935 por el VII Congreso de la Internacional Comunista, que descartó la línea de la “clase contra clase” que lo había enfrentado por igual a nazis y socialdemócratas, para abrazar la línea de los “frentes populares” contra el fascismo. Precisamente el antifascismo se convirtió, en la segunda mitad de la década de 1930, en un movimiento de opinión cada más relevante en la Argentina, a partir de la repercusión de la Guerra Civil Española y la Segunda Guerra Mundial. En ese sentido, la “apelación antifascista” se construyó como una identidad adoptada por diversos actores políticos que conectaban aquellos sucesos internacionales con la política interna, estableciendo los parámetros y alegatos de movilización, preparando los términos de posibles alianzas y definiendo los blancos en donde atacar a los enemigos⁵.

Esta apelación antifascista no tenía únicamente un sentido negativo, sino que también fue conformando una identidad positiva, donde tuvo particular influencia la defensa de la tradición liberal y de la institucionalidad democrática frente a un enemigo construido como la versión local de los totalitarismos europeos de derecha, esto es, un “fascismo criollo”, que podía ser representado tanto por los sucesivos gobiernos conservadores como por los grupos nacionalistas⁶. De este modo, dice Bisso, fue la tradición liberal histórica la que más fuertemente confirió al antifascismo argentino un anclaje en los orígenes patrios, haciéndolo partícipe de sus figuras y sus creencias⁷.

El comunismo tomó parte activa en el antifascismo liberal argentino de los años ’30, principalmente en el campo intelectual, donde talló de forma destacada la figura del ensayista Aníbal Ponce. En torno a dicha “sensibilidad antifascista”, los intelectuales comunistas abrazarían la tradición liberal argentina, esto es, una manera de pensar la historia y de inscribir su acción política en un linaje conectado con la herencia de la Revolución de Mayo de 1810⁸. Como afirma Halperín Donghi, a Ponce se debe sobre todo que el giro del comunismo argentino en la etapa de Frente Popular fuera más hondo y perdurable que un simple cambio de táctica política, especialmente a partir de su “identificación apasionada con el entero legado del consenso liberal que había guiado la construcción de la Argentina moderna”⁹. Fue en este sentido que

⁴ Véase Camarero, op. cit.; Daniel Lvovich y Marcelo Fonticelli, “Clase contra clase. Política e historia en el Partido Comunista argentino (1928-1935)”, *Desmemorias*, 6, 23/24, 1999; Mirta Lobato, “Rojos. Algunas reflexiones sobre las relaciones entre los comunistas y el mundo del trabajo en la década de 1930”, *Prismas*, 6, 2002, 205-216.

⁵ Andrés Bisso, *Acción argentina. Un antifascismo nacional en tiempos de guerra mundial*, Buenos Aires: Prometeo, 2005.

⁶ Bisso relata cómo la palabra *fascista* fue lentamente tomando parte del lenguaje político argentino. Si bien la referencia a un *fascismo criollo* estaba presente de forma muy esporádica y metafórica en la década de 1920, fue al calor de los sucesos internacionales de los años ’30 que comenzó a tomar forma y a ser utilizada crecientemente como un discurso útil para denostar al adversario político local. De este modo, comienzan a ser vistos como *fascistas*, actores políticos que no se reivindican como tales, e incluso niegan serlo. Uno de sus primeros usos fue hecho por el PC para acusar al presidente Hipólito Yrigoyen de orientarse “hacia la dictadura nacional fascista”, justamente una semana antes de caer por un golpe militar en 1930. *Ibid.*, 44.

⁷ *Ibid.*, 58

⁸ Véase Ricardo Pasolini, *Los marxistas liberales. Antifascismo y cultura comunista en la Argentina del siglo XX*, Buenos Aires: Sudamericana, 2013 y Alejandro Cattaruzza, “Visiones del pasado y tradiciones nacionales en el Partido Comunista Argentino (1925-1950)”, *A Contracorriente*, 5: 2, 2008, 169-195.

⁹ Tulio Halperín Donghi, *La Argentina y la tormenta del mundo. Ideas e ideología entre 1930 y 1945*, Buenos Aires: Siglo Veintiuno, 2013, 127. Sobre Aníbal Ponce, véase también Oscar Terán, *Aníbal Ponce. ¿El marxismo sin nación?*, México: Cuadernos de Pasado y Presente, 1983.



el componente “liberal” cobró en el PC argentino una significación mayor que en sus pares latinoamericanos¹⁰.

A través de varias asociaciones, sectores de la intelectualidad y la cultura convergieron en un espacio antifascista que reunió a personalidades de diversas trayectorias políticas¹¹. Estas afinidades no tardaron en proyectarse al ámbito partidario, donde desde fines de los años ‘30 ya circulaba la idea de construir una alianza de las fuerzas autodenominadas “democráticas”. El comunismo, en sintonía con sus directivas internacionales, sería un entusiasta promotor de estos acercamientos, que orientó sobre todo hacia la Unión Cívica Radical (UCR). En ese sentido, tras el fracaso en las negociaciones por un frente más amplio que incluyera a socialistas y demócrata-progresistas, el PC anunció su apoyo a la candidatura presidencial de Marcelo T. de Alvear en 1937, derrotado por el conservador Roberto Ortiz en el marco del régimen fraudulento que regía desde el golpe militar de 1930.

La asunción de Ortiz, de origen radical antipersonalista, pareció inaugurar un período de apertura y depuración de las prácticas fraudulentas, que sin embargo quedó trunco cuando éste debió alejarse de la presidencia por problemas de salud en julio de 1940, delegando el mando en el vicepresidente Ramón Castillo, exponente de los grupos conservadores más tradicionales. Esta transición en el poder coincidió en el plano internacional con el auge del nazismo en Europa y la ofensiva alemana en el frente occidental que derivó en la ocupación de París. La oposición política local, articulada en una creciente solidaridad antifascista, no tardó en identificar al gobierno de Castillo con el totalitarismo europeo. Para entonces, los posicionamientos frente a la guerra no sólo ejercían una influencia predominante en el discurso de los partidos tradicionales, sino que se extendían en las clases medias y altas urbanas, influyendo en la creación de diversas asociaciones civiles que abogaban por la causa aliada y la depuración democrática en el país. Entre ellas se destacó Acción Argentina, fundada en 1940, con cientos de filiales en las principales ciudades del interior del país¹².

En el seno de Acción Argentina se profundizó la idea de constituir una “unión democrática” de cara a las elecciones presidenciales previstas para septiembre de 1943. La iniciativa fue sumando adhesión entre comunistas, socialistas, demócrata-progresistas y radicales alvearistas, aunque se terminó complicando, entre otras cosas, debido a la crisis interna que atravesaba la UCR. Cuando el diálogo entre las fuerzas parecía encontrarse en punto muerto, un grupo de oficiales de rango medio del Ejército llevó adelante el golpe militar del 4 de junio de 1943 que puso fin al régimen fraudulento¹³.

El comunismo se distanció del resto de los partidos opositores que vio con expectativas el golpe del 4 de junio, al que caracterizó como reaccionario y pro-fascista¹⁴. No obstante, la buena relación entre las fuerzas “democráticas” y la revolución de junio no se mostraría duradera. El nuevo gobierno a cargo del general Pedro Ramírez avanzaría pronto con una serie de medidas de corte antiliberal tales como la clausura de instituciones y publicaciones antifascistas y la intervención a las universidades a cargo de intelectuales católicos y de derecha nacionalista, dejando a la vez cesante a un vasto grupo de profesores. A su vez, el marcado anticomunismo del nuevo gobierno hizo del PC uno de los objetivos predilectos de las fuerzas de seguridad. En diciembre de 1943, esta orientación se profundizaría con dos decretos, con los que se imponía la enseñanza católica en las escuelas y se abolían los partidos políticos. No fue difícil para la oposición adoptar el mote de fascista para calificar a este nuevo régimen, del mismo modo que había hecho con el gobierno de Castillo.

¹⁰ Pasolini, op. cit., 12.

¹¹ Flavia Fiorucci, *Intelectuales y peronismo 1945-1955*, Buenos Aires: Biblos, 2011.

¹² La historia de la organización ha sido relatada por Bisso, op. cit.

¹³ Sobre las negociaciones de 1943, véase García Sebastiani, op. cit., 38-44. Sobre el golpe militar del 4 de junio de 1943, Robert Potash, *El ejército y la política en la Argentina 1928-1945. De Yrigoyen a Perón*, Buenos Aires, Sudamericana, 1971 [1969], cap. VII.

¹⁴ Campione, op. cit., 177.



Es una historia conocida la que narra el ascenso de Juan Domingo Perón desde el Departamento Nacional del Trabajo -luego Secretaría de Trabajo y Previsión- del gobierno militar, donde tejió un incipiente vínculo con los gremios que luego serían su principal sostén político, a partir del énfasis en la política social y de redistribución de beneficios para los trabajadores. Sin embargo, para las fuerzas antifascistas, devenidas antiperonistas en el transcurso del gobierno de facto, la intervención de Perón no podía interpretarse al margen de un régimen que consideraban una reproducción del fascismo europeo, a cuya legitimación se prestaba peligrosamente la “demagogia social” ejercida desde despachos oficiales. Como dice Sigal, en ese sentido, el antiperonismo fue anterior al propio peronismo, en la medida que para estos grupos fue imposible escindir la emergente figura de Perón del contexto a través del cual se interpretó su aparición pública¹⁵.

Esta visión no fue alterada por la movilización del 17 de octubre de 1945, cuando una manifestación obrera se congregó en la Plaza de Mayo para reclamar la liberación de Perón, quien había sido encarcelado en medio de las disputas internas de un gobierno que ya se encontraba en crisis ante el avance de la oposición envalentonada por la derrota del nazismo en Europa. Aquellos grupos opositores interpretaron dicha jornada como una manipulación ejercida por la demagogia peronista sobre las masas, entregadas irracionalmente al régimen a cambio de unos pocos beneficios. A la vez, dicho discurso se desplegó de la mano, por una parte considerable de la dirigencia antiperonista, de una visión peyorativa y condenatoria de aquellos sectores populares que se habían movilizado a favor de Perón¹⁶.

En líneas generales, el discurso antiperonista sobre el 17 de octubre apuntó a negar la condición de auténticos obreros a los grupos manifestantes. Socialistas y comunistas echaron mano al mote de *lumpemproletariado*, junto a las consabidas advertencias de Marx y Engels respecto a la predisposición de los sectores marginales a integrar las filas reaccionarias. Fueron estos partidos, que se proclamaban portavoces de la clase obrera, quienes más enérgicamente sintieron la necesidad de distinguir a las huestes peronistas del verdadero proletariado argentino.

Sin embargo, a pesar de que su prensa partidaria reprodujo la condena a quienes se movilaron¹⁷, el comunismo se mostró más proclive que el resto de la oposición a reconocer la presencia de verdaderos obreros en la manifestación peronista. En ese sentido, apuntó a diferenciar entre la jefatura del movimiento y los seguidores engañados por su prédica. Decía Codovilla en diciembre de 1945:

Con todo, es indiscutible que, entre la gente movilizada por el sedicente Partido Laborista, había núcleos importantes de obreros y empleados que fueron a la Plaza de la República en la creencia de que iban a defender sus conquistas sociales.

Esto debe hacernos meditar a todos. A los comunistas y a nuestros aliados. No basta con declarar que la mayoría de la gente que apoya a Perón es gente desalmada, o que son obreros atrasados o jóvenes y mujeres sin experiencia política. Eso es en gran parte verdad. Pero hay que tener en cuenta que todos los obreros concientes de sus intereses de clase, han pasado por una etapa en que no tuvieron tal conciencia todavía. Por

¹⁵ Silvia Sigal, “Intelectuales y peronismo”, en Juan Carlos Torre (dir.), *Los años peronistas (1943-1955)*, Buenos Aires: Sudamericana, 2002, 481-522. Una interpretación similar ha sido planteada por Fiorucci, *op. cit.*

¹⁶ Véase Nállim, *op. cit.*, 152-161.

¹⁷ El semanario *Orientación* los llamó “maleantes y desclasados, engañados y genuflexos que dijeron a toda voz el pensamiento de la inconciencia al vomitar en las calles las frases mandadas por sus amos”. *Orientación*, 24 de octubre de 1945. Cit. en Claudio Panella y Marcelo Fonticelli, *La prensa de izquierda y el peronismo (1943-1949)*. *Socialistas y comunistas frente a Perón*, La Plata, UNLP, 2007, 109.

consiguiente, es deber nuestro encontrar formas para llegar a ellos, hablarles en un lenguaje cordial y sencillo¹⁸.

Codovilla inauguraba de esta forma una línea interpretativa del fenómeno peronista, basada en el protagonismo de los trabajadores nuevos sin experiencia ni conciencia de clase, que luego sería retomada en los años '50 por Gino Germani en la primera elaboración académica relevante sobre los orígenes del peronismo¹⁹.

En las elecciones del 24 de febrero de 1946, el PC fue un activo integrante de la Unión Democrática (UD), la alianza finalmente concretada con el radicalismo, el socialismo y el Partido Demócrata Progresista para enfrentar la candidatura de Perón. Incluso fueron los comunistas quienes más insistieron para que se dejara ingresar a los conservadores del Partido Demócrata Nacional al frente²⁰, pero el recuerdo fresco del régimen fraudulento provocó el veto de la UCR, que además aportó a los integrantes de la fórmula presidencial: José Tamborini y Enrique Mosca.

El comunismo participó activamente de la campaña electoral, donde intentó recrear la impronta de la resistencia europea al nazismo. Al igual que sus aliados, el PC justificó la unidad opositora como una circunstancia que iba más de una simple elección: se trataba de una batalla excepcional entre la causa de la democracia y el fascismo vernáculo encarnado en la figura de Perón. En su conferencia de diciembre de 1945, luego publicada como *Batir al naziperonismo para abrir una era de libertad y progreso*, Codovilla remarcó que “la preocupación constante de nuestro Partido ha sido y es la de unir en un poderoso frente de lucha a todas las fuerzas democráticas y progresistas del país sin distinción de ideología política ni de sector social. Unirlas para liquidar la forma criolla del fascismo llamada peronismo”²¹. El mismo tono adoptaría Rodolfo Ghioldi hacia el cierre de la campaña: “No somos electores comunes, somos ciudadanos que votamos bajo la amenaza del fascismo y de la guerra civil”²².

Según el diagnóstico del comunismo, la convocatoria de la UD no sólo debía restablecer la continuidad institucional extraviada desde el golpe militar de 1930, sino que además debía cumplir las tareas de una “revolución democrático-burguesa” que propiciara el desarrollo capitalista en la Argentina. Desde hacía tiempo que el PC consideraba que parte importante del problema nacional se vinculaba a la dependencia con el imperialismo, el peso del latifundio y los resabios semif feudales. Por eso, aquella revolución también debía ser “agraria y antimperialista”. Aquellas condiciones estructurales habían propiciado, como dijo Ghioldi en un acto de campaña de 1945, “un caldo de cultivo para todos los aventureros que se ofrecen como supremos protectores de la Nación”. En ese sentido, el dirigente comunista señaló: “El reloj argentino está atrasado: para ponerlo con los mejores del mundo, debemos

¹⁸ Victorio Codovilla, *Batir al naziperonismo para abrir una era de libertad y progreso*, Buenos Aires: Anteo, 1946a, 145. El libro recoge el informe a la Conferencia Nacional del PC realizada en diciembre de 1945

¹⁹ El padre de la sociología argentina explicaría la emergencia del peronismo a partir de las “masas disponibles” que conformaban los trabajadores migrantes, sin experiencia e idiosincrasia obrera, que se habían desplazado del interior rural al área metropolitana. Este esquema, que diferenciaba a los obreros “nuevos” de los “viejos” ya adaptados a la vida industrial y a las asociaciones de clase, sería desmontado a inicios de los '70 por Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero, quienes demostraron el relevante papel que tuvieron dirigentes y organizaciones gremiales tradicionales en la génesis del peronismo. Véase Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires: Paidós, 1977 [1962] y Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero, *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires: Siglo Veintiuno, 2004 [1971]. Sobre la influencia del entorno socialista y comunista en las tesis de Germani, véase Samuel Amaral, *El movimiento nacional-popular. Gino Germani y el peronismo*, Sáenz Peña: Eduntref, 2018, caps. I y VII.

²⁰ A lo largo de la campaña electoral, el PC señaló en reiteradas ocasiones que la unidad opositora debía conformarse “sin exclusiones”. En ese sentido, Codovilla afirmó que la UD consistía en “una unidad incompleta, por cuanto no participan todavía en ella los sectores progresistas del conservadorismo y algunos partidos provinciales”. Codovilla (1946a), op. cit., 78.

²¹ *Ibid.*, 190.

²² *La Prensa*, “En una imponente asamblea cívica fue proclamada la fórmula de la Unión Democrática”, 10 de febrero de 1946, 7.

ganar todavía la batalla de la democracia”²³. Bajo esas aspiraciones, el comunismo se lanzó a la contienda electoral de 1946.

El XI Congreso: la voluntad de reagrupar lo disperso

Si los años previos a la llegada del peronismo acercaron como nunca antes al comunismo con el resto de los partidos tradicionales, después del triunfo de Perón esos caminos volvieron a bifurcarse. En rigor, el antiperonismo estuvo lejos de resultar una experiencia gratuita para las fuerzas políticas que participaron de dicha identidad: todas ellas atravesaron tensiones internas respecto a las mutaciones y desplazamientos que reclamaba el ejercicio opositor. Tras la caída de Perón, viejos partidos como los radicales, conservadores y socialistas sufrieron fracturas directamente o indirectamente ligadas a la interpretación del hecho peronista. El comunismo no fue ajeno al fenómeno, con un fuerte énfasis generacional vinculado a la irrupción de la llamada “nueva izquierda”, aunque para ello habría que esperar a la década de 1960²⁴.

El triunfo de Perón en las elecciones de febrero de 1946, por alrededor del 55% contra 45%, resultó sorpresivo para la mayoría de los integrantes de la UD, quienes se vieron en la obligación de elaborar una interpretación de lo sucedido. Como indica Altamirano, a excepción del PC, ningún miembro de la alianza opositora estimó que el cuadro surgido de las elecciones podía llevar a revisar posiciones respecto de la definición del antagonismo²⁵. Para el antiperonismo, el triunfo de Perón había dado fachada legal a un régimen que era esencialmente la continuidad del gobierno de facto, por lo cual la lucha contra éste debía prolongarse bajo los nuevos ropajes que adquiriría la revolución de junio. Esto no quita que, al menos en los primeros años, en las fuerzas opositoras primara un reconocimiento tácito del carácter legal del nuevo gobierno, aunque en marcada tensión con un práctico desconocimiento de su legitimidad de origen, al considerar que su triunfo se debía principalmente a la manipulación y el engaño de las masas. Como resumió el diputado radical Nerio Rojas en una de las primeras sesiones del restablecido Congreso de la Nación, se trataba de “una dictadura con forma de ley”²⁶.

Para el comunismo, la elección de 1946 no resultó una experiencia alentadora. Tras décadas de clandestinidad, se había probado electoralmente con una lista propia de legisladores que apenas obtuvo unos 150 mil votos (la boleta común de la UD sólo existió en el tramo presidencial), con un pobre desempeño en la Capital Federal y la provincia de Buenos Aires, y logrando representación parlamentaria únicamente en Mendoza, donde hizo ingresar tres diputados provinciales. Sin embargo, lo más importante del comunismo en esta etapa será su interpretación del fenómeno peronista y del carácter que asumía la polarización política con la oposición.

En agosto de 1946 se celebró el XI Congreso del PC, donde el partido adoptó la tesis que acompañaría su oscilación política durante la década siguiente. A modo introductorio, Gerónimo Arnedo Álvarez, quien formalmente ocupaba la secretaría general, aunque detrás del liderazgo de Codovilla y, en

²³ *La Prensa*, “Entusiasta y muy concurrido resultó el mitin comunista por la unidad nacional”, 2 de septiembre de 1945, 10.

²⁴ Para bibliografía existente sobre las posturas del PC durante el primer peronismo, puede verse: Carlos Altamirano, *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires: Siglo Veintiuno, 2011 [2001]; Samuel Amaral, “La renuencia de las masas: el Partido Comunista ante el peronismo, 1943-1955”, *Documentos de trabajo*, 397, 2008; Andrés Gurbanov y Sebastián Rodríguez, “Los comunistas frente al peronismo: 1943-1955”, *Temas de historia argentina y americana*, 26, 2016, 83-124; Aníbal Jáuregui, “El peronismo en los debates del Partido Comunista Argentino, 1945-1953”, *A Contracorriente*, 9 (12), 2012, 22-40; Adriana Petra, *Intelectuales y cultura comunista. Itinerarios, problemas y debates en la Argentina de posguerra*, Buenos Aires: FCE, 2017; Laura Prado Acosta, *Los intelectuales del Partido Comunista. Itinerario de Héctor Agosti (1930-1963)*, Raleigh: A Contracorriente, 2015; Silvana Staltari, “El Partido Comunista frente al peronismo: estrategia y tácticas políticas, 1945-1955”, *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, 3 (5), 2014, 11-30.

²⁵ Altamirano, op. cit., 20.

²⁶ Autor, 2017.



segundo orden, de Ghioldi, dio cuenta de lo que consideraba habían sido los errores del comunismo en la reciente elección. En su exposición, dijo que el partido había relegado la lucha por las reivindicaciones de los trabajadores “por el temor de perder aliados en el sector de los burgueses progresistas” y señaló que esto había aislado al comunismo de “gran parte de las masas”. En ese sentido, se distanció de las lecturas de sus antiguos aliados que atribuían únicamente el triunfo del peronismo “al montaje de la máquina electoral por parte del candidato del continuismo”. Si bien la manipulación y la represión habían existido, decía Arnedo Álvarez, “las causas fundamentales estuvieron en la falta de una política acertada por parte de la UD”²⁷.

A su turno, Codovilla desarrolló la tesis principal del congreso. Para el líder comunista, un gran sector de la masa obrera y popular se había volcado al peronismo y ahora vivía con expectativas las políticas que surgían del nuevo gobierno. Sin embargo, los obreros no eran el único actor relevante de la coalición peronista, de la que también formaban parte “sectores reaccionarios y pro-fascistas”. Por este motivo, Perón se encontraba, al asumir la presidencia, envuelto en una disputa entre ambos sectores:

independientemente de su voluntad, [Perón] se vio y se ve cada vez más colocado bajo dos presiones contradictorias: la de los sectores obreros y populares, tanto de los que votaron por la coalición de la Unión Democrática como los que votaron por la coalición del presidente electo, y la de los elementos reaccionarios y pro-fascistas (Alianza Nacionalista, sectores pro-fascistas del Ejército, de la Policía, del clero, etc.) y la de la oligarquía, y de los monopolios imperialistas ingleses y americanos²⁸.

Haciéndose eco de las críticas a Perón que leía en la prensa nacionalista, Codovilla cuestionaba a “las fuerzas que quieren volver al 4 de junio, que quieren volver al régimen dictatorial militar-fascista, que quieren anular masas populares”²⁹. Al hacerlo, establecía una discontinuidad entre el gobierno de junio y la presidencia de Perón que no se basaba únicamente en la legalidad del régimen, sino en las alianzas sociales que representaba. Para el líder comunista, el elemento popular presente en la base de apoyos a Perón inauguraba una etapa distinta a la del régimen de facto, frente a la cual se estaban rebelando los grupos más conservadores de la coalición, identificados con la herencia de 1943. Estas presiones, sumadas a las de “la oligarquía agropecuaria y los países imperialistas”, situaban al gobierno de Perón en una encrucijada entre tendencias opuestas, a la que el PC no podía ser indiferente:

Resulta claro que nuestra línea táctica no podía ni puede ser otra que la de tomar intervención activa en el forcejeo que -para impulsar al gobierno en una u otra dirección- se ha ido librando después de haber asumido Perón el poder, y arrojar el peso de nuestra fuerza, e instar a las otras fuerzas democráticas a que hicieran lo mismo, en apoyo de los sectores obreros y populares que votaron a Perón y que luchan por imprimir al Gobierno una orientación democrática y progresista (...) Para ello, no hay más que un camino: marchar unidos con los sectores obreros y populares peronistas y luchar en común para aislar y batir a los elementos reaccionarios y pro-fascistas³⁰.

²⁷ Gerónimo Arnedo Álvarez, *Cinco años de lucha. Entre el X y el XI Congreso*, Buenos Aires: Anteo, 1946, 43.

²⁸ Victorio Codovilla, *¿Dónde desembocará la situación argentina?*, Buenos Aires: Anteo, 1946b, 25. El libro recoge la intervención en el XI Congreso.

²⁹ *Ibid.*, 28. Codovilla cita al periódico *Tribuna*, propiedad del ex gobernador bonaerense Manuel Fresco y portavoz de sectores de la derecha nacionalista.

³⁰ *Ibid.*, 32.



Sin embargo, para Codovilla, esta toma de partido en la interna del peronismo debía llevarse a cabo manteniendo la “independencia política” del partido y dicha estrategia se resumía esencialmente en una conducta: apoyar las medidas de gobierno que beneficiaran a la clase obrera y oponerse a las que representaran “una concesión a los elementos reaccionarios y pro-fascistas, y a los monopolios imperialistas y sus agentes”.

La fórmula política que acompañaría esta postura sería el Frente de Liberación Social y Nacional, un llamamiento “tanto [a] los sectores obreros populares influenciados por el peronismo, como los que votaron por la Unión Democrática”³¹, con la intención de unir en un solo frente a los elementos populares y progresistas que formaban parte del oficialismo o de la oposición. Esta convocatoria tenía la finalidad de reagrupar fuerzas que, desde la perspectiva comunista, se encontraban equívocamente dispersas en un antagonismo que no expresaba toda la potencialidad de la clase obrera. Diría Codovilla al año siguiente:

Debemos impulsar con más fuerza que nunca el agrupamiento de las fuerzas democráticas, de uno y otro campo, en un solo frente de lucha, demostrando que actualmente ésta no puede ni debe desarrollarse entre peronistas y antiperonistas, ni entre gobierno y oposición; sino entre partidarios del progreso, la democracia y el bienestar social, por un lado, y partidarios del atraso económico y social y la reacción política, por otro³².

Incómodo con la creciente dicotomía peronismo-antiperonismo, el PC se esforzó por redefinir los términos de un antagonismo que, a su criterio, repartía en ambos campos elementos progresistas y reaccionarios. Como afirma Altamirano en el epígrafe de este trabajo, a través de una “aritmética voluntarista, hecha de sumas y sustracciones en el papel”, esta reorientación quedaría a mitad de camino, “oponiéndose alternativamente al gobierno y lo que llamaba la “oposición sistemática”, rechazando una dicotomía que no estaba en condiciones de alterar”³³.

Esta aspiración de reemplazar la dicotomía peronismo-antiperonismo por otra de tipo izquierda-derecha permeó los análisis del comunismo durante toda la etapa. Dicha sustitución estaba destinada a suceder conforme la política argentina se adecuara a las fuerzas sociales que se mantenían dispersas en ambos campos. Así lo visualizaba Codovilla en 1948:

Entonces, las fuerzas democráticas y progresistas y las reaccionarias y proimperialistas que se encuentran en uno y otro campo -en el del peronismo y en el de la oposición sistemática- han de separarse de más en más para ir reagrupándose en el frente político que mejor responda a su manera de pensar y que mejor defienda sus intereses económicos-sociales y los de la Nación³⁴.

Precisamente la crítica a la llamada “oposición sistemática” es la contracara del diagnóstico comunista sobre el peronismo. Así como el PC había reconocido el componente popular del nuevo gobierno, afirmaba que este vínculo se debía a una confusión momentánea de las masas, que debía decantar en el

³¹ Ibid., 46.

³² Victorio Codovilla, *¿Democracia o reacción?*, Buenos Aires: Anteo, 1947, 51. El libro recoge la intervención en la reunión del Comité Central del PC realizada el 19 y 20 de abril de 1947.

³³ Altamirano, op. cit., 28.

³⁴ Victorio Codovilla, “El tipo de Revolución por cuya realización debe luchar la clase obrera y el pueblo argentino” [1948], *Trabajos escogidos*, Tomo I, Buenos Aires: Anteo, 1972, 189. Conferencia pronunciada con motivo del centenario del *Manifiesto Comunista*.



reencuentro de los trabajadores con su partido de clase al ver frustradas sus expectativas con la experiencia peronista. Sin embargo, el comunismo también tomó distancia de la oposición abierta que asumió la mayoría de sus ex aliados, afirmando que ésta contribuía a “acrecentar el clima de intranquilidad pública que necesitan los enemigos del pueblo para sus fines golpistas”. Por ese motivo, Codovilla dirigió “un llamamiento a las fuerzas democráticas que formaron en la Unión Democrática para que abandonen su actitud de oposición sistemática y verbalista frente al gobierno actual”³⁵.

Las posturas del comunismo frente al resto de la oposición también permiten reflexionar sobre los rumbos que asumió la mayoría del antiperonismo a partir de 1945, cuando se forjó la duradera asociación entre peronismo y movimiento obrero. Tras el triunfo de Perón, se afianzó un modo predominante de ejercer la oposición concentrado en la denuncia del autoritarismo gubernamental y en la defensa de las libertades públicas. Esta crítica, convertida en el principal ariete antiperonista, prevalecería en todos los partidos tradicionales: para la mayoría de ellos, como en el caso del socialismo, el radicalismo unionista, los demócrata-progresistas o los conservadores, la denuncia de este creciente poder despótico sería el tema excluyente y prácticamente monotemático.

No obstante, la renuencia del comunismo a posicionarse en el lugar de enunciación de aquella “oposición sistemática” lo emparenta más con el sector intransigente de la UCR, identificado con la herencia yrigoyenista, que se opuso a la conformación de la UD y a partir de 1948 logró desplazar al “unionismo” -la vieja conducción alvearista- de la dirección partidaria³⁶. Radicales intransigentes y comunistas, con sus matices y diferencias, compartirían el esfuerzo por conciliar la denuncia al autoritarismo con elementos programáticos de orden económico y social. No obstante, mucho más difícil resultó para estos grupos competir con las credenciales redistributivas del gobierno. La dinámica del antagonismo, que, para fastidio de los comunistas, repartía antojadizamente los elementos progresistas y conservadores, dificultó el éxito de una línea política que lograra disputar al peronismo la asociación con los beneficios a los trabajadores.

Esta configuración de la polarización alteró las trayectorias de fuerzas políticas históricamente identificadas con el tipo de medidas de bienestar que componían la “justicia social” peronista. Las dificultades para establecer diferencias entre las medidas de fondo y la instrumentación concreta en manos de lo que consideraban un régimen autoritario hizo que estas fuerzas adoptaran frecuentemente posiciones más cercanas a un liberalismo conservador. El propio comunismo se vio envuelto en esta disyuntiva en la campaña de 1946, cuando el gobierno de facto instauró por decreto el aguinaldo, o sueldo anual complementario, dos meses antes de las elecciones de febrero. Aquella medida fue combatida por un *lockout* de las cámaras empresarias que contó con el discreto apoyo de la UD³⁷.

En aquel rechazo entraban también otras políticas públicas que, en coincidencia con el clima ideológico mundial de la posguerra, impulsaban un mayor intervencionismo estatal, como la nacionalización del Banco Central y la creación del Instituto Argentino de Promoción del Intercambio (IAPI), denostadas por buena parte de la oposición por considerar que formaban parte de una tendencia autoritaria. Del mismo modo, el primer Plan Quinquenal que Perón presentó en octubre de 1946, también fue denunciado como la confirmación de una matriz totalitaria. Sólo los comunistas consideraron que el Plan contenía una dirección económica progresista, aunque, a la vez, una centralización política

³⁵ Codovilla (1947), op. cit., 33.

³⁶ Al igual que los unionistas radicales veían a sus rivales intransigentes peligrosamente parecidos al peronismo gobernante, también el comunismo fue frecuentemente emparentado como “antidemocrático” por el resto de la oposición. En ese sentido, como ha señalado Martínez Mazzola, el socialismo adoptó progresivamente el mote de “totalitario” para combatir por igual a peronistas y comunistas. Véase Ricardo Martínez Mazzola, “Nacionalismo, peronismo, comunismo. Los usos del totalitarismo en el discurso del Partido Socialista Argentino (1946-1953)”, *Prismas*, 15, 2011, 105-125.

³⁷ Autor, 2018.



regresiva³⁸. El resto de la oposición, a pesar de que varias iniciativas allí incluidas podrían haber formado parte de sus programas históricos, condenó en bloque el paquete de proyectos.

Ni los “círculos dirigentes del peronismo” ni la “oposición sistemática” (1948-1951)

La tesis adoptada por el comunismo en 1946 estaba inspirada por la intención de acercarse a los trabajadores que habían votado por Perón. El diagnóstico establecía que el peronismo había logrado interpelar a un sector importante de las masas populares, pero que, debido a su naturaleza contradictoria y heterogénea, difícilmente podría dar cumplimiento a las expectativas que había despertado en ellas. Por ese motivo, el PC debía adoptar una actitud colaborativa y cercana a las bases peronistas, ahora principales destinatarias de su habitual vocación pedagógica. Para respaldar esta línea política, tras el XI Congreso, el partido ordenó disolver los sindicatos comunistas, algunos de importancia y larga trayectoria, para que los militantes gremiales se integraran directamente a los sindicatos peronistas³⁹. Sin embargo, esta política de acercamiento no impidió que un grupo de trabajadores ferroviarios rompiera con el partido para irse al peronismo⁴⁰.

En sintonía con las premisas de su caracterización, el comunismo no tardaría en señalar la brecha que existía entre las presuntas aspiraciones de las masas y los “círculos dirigentes del peronismo” que ocupaban la administración estatal. Si bien se mantuvo a prudente distancia de la “oposición sistemática”, el PC no tardó en elevar sus primeras críticas al gobierno. En octubre de 1947, un informe del Comité Central sostenía que “lo único positivo en estos últimos tiempos es la concesión del voto a la mujer, que tendrá vigencia recién dentro de dos años, y algunas leyes de carácter social”. Además, mencionaba la no realización de elecciones municipales en Capital Federal, la extensión de hecho de los poderes de la Policía Federal, las intervenciones provinciales, las restricciones a la prensa y la frecuente declaración de ilegalidad de las huelgas que, en definitiva, “son unos cuantos ejemplos de cómo poco a poco se está volviendo a la situación de gobierno “discrecional” de Castillo, y hace prever nada bueno en cuanto al futuro de libertades democráticas en el país”⁴¹.

En enero de 1948, un nuevo informe evaluaba: “A los dos años de existencia del llamado gobierno de la “revolución”, es fácil comprobar que, a pesar de sus promesas “revolucionarias”, no ha tomado ninguna medida fundamental para liquidar los privilegios de la oligarquía agropecuaria, del gran capital nacional y de los monopolios imperialistas”⁴². Dos meses después, el PC se presentó en soledad a las elecciones legislativas celebradas el 7 de marzo en la mitad de las provincias argentinas, obteniendo un magro resultado de alrededor de 77 mil votos (aproximadamente 3% del padrón). En aquellos comicios podía vislumbrarse un escenario que se prolongaría hasta la caída de Perón: un contundente apoyo para

³⁸ “El Plan Quinquenal es en general de carácter progresista en sus aspectos económicos, no así en sus aspectos políticos ya que tiende a restringir las libertades democráticas”, decía Codovilla, quien además se diferenciaba del resto de la oposición en ese aspecto: “Mientras ellos realizan su crítica en función de hacer fracasar el Plan, nosotros la realizamos en función de hacerlo triunfar”. Codovilla (1947), op. cit., 5. El análisis del Plan fue el tema excluyente de la Conferencia Nacional celebrada en diciembre de 1946, luego editada como *Los comunistas argentinos y el Plan Quinquenal de Perón*.

³⁹ Un antecedente de esta línea sindical unitaria data de 1936, cuando el partido dispuso la disolución del Comité Nacional de Unidad Sindical Clasista (CUSC), que agrupaba a los sindicatos comunistas, para ingresar a la Confederación General del Trabajo (CGT), entonces dominada por las corrientes “sindicalistas” y socialistas. Véase Camarero, op. cit., 211.

⁴⁰ Desde el periódico *Clase Obrera*, intelectuales vinculados a este grupo como Rodolfo Puiggrós y Eduardo Astesano serían precursores en la empresa teórica de intentar conciliar marxismo y peronismo. Véase Altamirano, op. cit., 29-34.

⁴¹ *La Prensa*, “Se reunió ayer el Comité Central del Partido Comunista”, 14 de octubre de 1947, 12.

⁴² “Manifiesto del Comité Central del Partido Comunista con motivo de las elecciones del 7 de marzo”, folleto, enero de 1948.

el oficialismo en torno a dos tercios del electorado y un irreductible tercio opositor, disgregado tras la disolución de la UD, con claro predominio del radicalismo⁴³.

En mayo de 1948, Perón anunciaría su voluntad de reformar la Constitución Nacional, que regía prácticamente inalterable desde 1853. Esta reforma, que formaba parte de la ola del “constitucionalismo social” extendida por la región, fue duramente rechazada por el antiperonismo, al ver en ella la consumación de sus peores pronósticos respecto a la consagración del totalitarismo en el país. Así se desató la movilización de sectores partidarios y extrapartidarios en defensa de la Constitución de 1853, a la que presentaban como esencia de la nacionalidad argentina y como último bastión frente al avance peronista sobre la institucionalidad democrática⁴⁴.

El posicionamiento frente a la reforma abrió una brecha en la estrategia política de la oposición. Socialistas, conservadores y demócrata-progresistas la rechazarían íntegramente por considerar que no existía el clima apropiado para su debate y, en ese sentido, adoptarían la abstención para las elecciones constituyentes convocadas para diciembre de 1948. Dicha lectura fue compartida por el sector unionista de la UCR, pero no así por su conducción intransigente, que defendió la participación en la Convención como trinchera de difusión de la doctrina radical. El acuerdo entre ambos sectores habilitó que el radicalismo se presentara a las elecciones constituyentes, pero impidió luego a sus convencionales proponer proyectos o modificaciones en la asamblea.

A diferencia de los otros grupos opositores menores, el comunismo decidió presentarse a la elección constituyente. Pese a que el partido había aumentado sus críticas al gobierno, consideró que la reforma constitucional ofrecía “la oportunidad para asestar un rudo golpe a los enemigos jurados del pueblo y de la Nación: a la oligarquía y al imperialismo”, y en ese sentido, realizó una advertencia sobre “los propósitos de algunos sectores reaccionarios incrustados en el Partido Peronista y en el gobierno”, que aspiraban a sancionar “una Constitución clerical-fascista, reaccionaria”⁴⁵. Sin embargo, también se distanció fuertemente de los partidos integrantes de la “oposición sistemática”. Así, declaraba:

El Partido Demócrata Nacional, expresión de los intereses de la oligarquía, del gran capital y de los consorcios monopolistas, ha decretado la abstención. Se opone a la Reforma de la Constitución porque teme que las masas populares impongan en ella la introducción de conquistas de carácter económico social avanzado, tales como, por ejemplo, la reforma agraria (...)

El Partido Socialista, cuyos dirigentes hace tiempo que han dado la espalda a la clase obrera y al pueblo (...) también decretaron la abstención. A pesar de sus declaraciones democráticas, el Partido Socialista se niega a sumar sus esfuerzos a los de todo el pueblo laborioso para obtener que sean incorporadas a la Constitución las conquistas de carácter progresista que las masas reclaman, y con su deserción, facilita la tarea a los sectores reaccionarios que pretenden escamotear la voluntad popular.

Por su parte, la Unión Cívica Radical, que participará en las elecciones, ha proclamado una táctica negativa, puesto que sus convencionales tienen mandato de oponerse sistemáticamente a toda reforma constitucional. En lugar de luchar

⁴³ Véase Darío Cantón, *Elecciones y partidos políticos en Argentina. Historia, interpretación y balance. 1910-1966*, Buenos Aires: Siglo Veintiuno, 1973, 121.

⁴⁴ Autor, 2019.

⁴⁵ “Por una reforma constitucional antioligárquica y antiimperialista. Posición del Partido Comunista sobre la Reforma de la Constitución”, 1948, 3. El comunismo alertaba sobre la intención de sectores oficiales de incluir derechos a los trabajadores, excepto el de huelga, “con el deliberado propósito de distraer la atención” de una reforma “de neto corte corporativo” similar a “las Constituciones de Salazar en Portugal y de Franco en España”.

(...) adoptará una actitud vocinglera y estéril, que facilitará también la introducción de reformas que vayan contra los intereses de la clase obrera y el pueblo⁴⁶.

De este modo, el comunismo cuestionaba severamente las posturas abstencionistas de la oposición, a la vez que criticaba el acuerdo realizado por los sectores en pugna de la UCR que impedía la presentación de proyectos alternativos. Para el PC, por el contrario, era necesario tomar parte en la campaña electoral y en el posterior debate en la Convención, motivo por el que condenó “como una deserción, todo boicot a la misma o toda oposición sistemática”. Sin embargo, el resultado electoral no le permitiría obtener representantes en la asamblea⁴⁷.

A partir de allí, su caracterización de la nueva Constitución como “corporativa-fascista” inició una etapa política más cercana de la oposición al peronismo que de la equidistancia de los primeros años. Si bien algunos autores consideran que la reforma constitucional clausura la etapa de “apoyar lo positivo y criticar lo negativo”⁴⁸, el comunismo no abandonará su trayectoria oscilante entre ambos campos cada vez más enfrentados. Precisamente, si bien hacia el final del primer mandato de Perón, el PC parecía consolidarse en un lugar opositor definido, el progresivo proceso de radicalización del antiperonismo lo alejará de los grupos opositores que comenzarían a explorar la salida por la fuerza del gobierno.

Entre la reforma constitucional de 1949 y la reelección de Perón de 1951 -habilitada precisamente por dicha reforma-, la relación entre oficialismo y oposición adquirió rasgos visiblemente más confrontativos. En esos años, el gobierno peronista empezó a expandir su esfera de influencia a diversos ámbitos de la sociedad civil y ensayó una agudización de los mecanismos de coerción sobre la oposición, mientras en el plano económico el auge del bienestar de los tres primeros años empezaba a mostrar signos de ralentización y agotamiento. En paralelo, en casi todos los grupos antiperonistas se alzaron voces en reclamo de la abstención electoral y del abandono de las bancas parlamentarias para desconocer la legalidad del gobierno, a la vez que, por lo bajo, tomaron contactos con sectores disidentes de las Fuerzas Armadas para aventurarse en la hipótesis de la conspiración militar.

El comunismo experimentaría en carne propia el endurecimiento del gobierno. A inicios de 1950 sufrió el cierre de sus publicaciones *La Hora* y *Orientación* por parte de la llamada Comisión Visca, encabezada por el diputado oficialista José Emilio Visca, que tuvo a su cargo la clausura de ciertos medios de prensa opositores. Como respuesta, el Comité Central del partido afirmó: “No cabe duda de que, en las actuales condiciones, esta política represiva puede conducir -y todo indica que esa es la tendencia en las esferas gubernamentales- a un período sombrío de dictadura violenta”. No obstante, para la dirigencia comunista lo más importante era que en paralelo se encontraba en ascenso “la combatividad y la lucha de las masas”⁴⁹.

Entre fines de 1950 e inicios de 1951, el comunismo debe haber intuido que ambos pronósticos se comprobaban en la represión al paro de trabajadores ferroviarios, donde una prolongada huelga por aumentos salariales, que rebalsó a las cúpulas sindicales, fue declarada ilegal y terminó con la detención de alrededor de dos mil trabajadores ferroviarios, junto a centenares de afiliados socialistas y comunistas ajenos al conflicto. En el mismo período, el comunismo también aportaría a dos de las víctimas de torturas policiales clandestinas que trascendieron públicamente: el estudiante Mario Bravo y el obrero azucarero tucumano Carlos Aguirre.

⁴⁶ Ibid., 4.

⁴⁷ El peronismo se impuso ampliamente en las elecciones constituyentes por 1.724.817 votos frente a 767.952 de la UCR y 83.518 del PC. En tanto, el voto en blanco impulsado por el resto de la oposición alcanzó alrededor de 180.000 sufragios.

⁴⁸ Altamirano, op. cit, 28; Pasolini, op. cit, 129.

⁴⁹ “Declaración del Comité Ejecutivo del Partido Comunista contra la reacción oligárquico-imperialista: en defensa de las libertades democráticas”, folleto, enero de 1950.



Por aquel entonces, el PC entendió que la disputa que había vislumbrado al interior del peronismo entre sus elementos progresistas y reaccionarios se estaba resolviendo a favor de estos últimos. Mientras el partido cuestionaba el giro autoritario del gobierno y sus decisiones de política exterior en sintonía con el mundo occidental y la influencia estadounidense (la aprobación del Tratado de Río de Janeiro y la posición frente a la Guerra de Corea), que entendía como “la capitulación de los círculos dirigentes del peronismo ante el imperialismo yanqui”, afirmaba que, mientras tanto, el gobierno se encontraba cada vez más débil puesto que “las masas influenciadas por él pierden sus ilusiones respecto al “justicialismo” peronista”⁵⁰.

Sin embargo, el comunismo detendría este viraje opositor al diferenciarse de la postura que asumió la mayoría del antiperonismo frente al sorpresivo intento de golpe militar liderado por el general retirado Benjamín Menéndez el 28 de septiembre de 1951, poco antes de las elecciones presidenciales previstas para el 11 de noviembre de aquel año. Aquella asonada, rápidamente sofocada debido a la escasa adhesión que logró en el resto de los militares, motivó que el gobierno decretara en el mismo día el estado de guerra interno⁵¹. Los responsables fueron detenidos y no tardaron en salir a la luz los vínculos con civiles que habían formado parte de las tratativas, entre ellos dirigentes opositores como el socialista Américo Ghioldi, el conservador Reynaldo Pastor, el demócrata-progresista Horacio Thedy y los radicales unionistas Mauricio Yadarola y Miguel Ángel Zavala Ortíz.

El levantamiento de Menéndez fue denunciado públicamente por Perón, quien acusó a los civiles involucrados de formar parte de una campaña de desestabilización liderada por intereses foráneos. Si bien su enumeración fue imprecisa e incluyó a personas que no habían formado parte de la conspiración, efectivamente varios de aquellos dirigentes no desmintieron su participación en los hechos. A su vez, el radicalismo mantuvo un sugestivo silencio y ninguno de sus organismos emitió declaración alguna sobre el tema⁵². Esta actitud puede ser interpretada como el paso a un tipo de oposición más volcada a las estrategias extra-institucionales contra el régimen peronista.

Para el comunismo, en cambio, este proceso matizaría su actitud opositora, al repudiar lo que interpretó como “un golpe de estado reaccionario fascista de un grupo de militares y civiles que tendían a cambiar violentamente la situación política a espaldas de las masas y contra ellas, con el fin de instaurar un gobierno dictatorial al servicio incondicional de la oligarquía terrateniente y del imperialismo yanqui”. Frente a la asonada de Menéndez, el Comité Ejecutivo del PC convocó a sus afiliados y simpatizantes a lanzarse a la calle para evitar el golpe y, una vez neutralizada la revuelta, llamó a mantener la movilización junto a la clase obrera para hacer frente a “la conspiración” que se mantenía en curso⁵³.

Un mes y medio después, el oficialismo ratificó su predominio en las elecciones que consagraron la reelección de Perón, al obtener el 63,5% de los votos frente al 32,3% de la UCR. El resultado de la elección haría muy difícil imaginar un triunfo opositor a través de las urnas en las condiciones vigentes y daría más énfasis a las propuestas que apostaban a una salida por la fuerza del gobierno.

⁵⁰ “Resoluciones del Comité Central Ampliado del Partido Comunista”, Rosario, 28 y 29 de julio de 1951.

⁵¹ Sobre el decreto del estado de guerra interno y su repercusión en el antiperonismo, véase Autor, 2020.

⁵² César Tcach, *Sabatinismo y peronismo. Partidos políticos en Córdoba (1943-1955)*, Buenos Aires: Biblos, 2006 [1991], 190. Según Tcach, eludir responsabilidades hubiera implicado dar la espalda al compromiso que el radicalismo había asumido con las Fuerzas Armadas.

⁵³ *Nueva Era*, 3, 4, agosto-noviembre de 1951. Cit. en Andrés Gurbanov y Sebastián Rodríguez, op. cit.



El acercamiento fallido a Perón y la crítica a la radicalización opositora (1952-1955)

Las elecciones de noviembre de 1951, además de revelar la fortaleza de la base de apoyos al peronismo, consagró al radicalismo como la única fuerza opositora con cierta capacidad de rivalizar con el gobierno. Aquellos comicios concentraron el voto opositor en la UCR, despojando a las fuerzas menores de su ya alicaído caudal electoral. Entre ellas, el comunismo, que obtuvo poco más de 71 mil votos con la fórmula Rodolfo Ghioldi-Alcira de la Peña -la primera en postular a una mujer en un binomio electoral en la Argentina-, muy lejos de los más de cuatro millones y medio de votos peronistas y dos millones y medio de votos radicales.

En su análisis del resultado electoral, el PC reconoció que el hecho saliente era la polarización entre peronismo y radicalismo. Aquella se debía a la conducta de los votantes antiperonistas que se habían volcado a la UCR para no dispersar las opciones opositoras. En ese sentido, el Comité Ejecutivo del partido se quejó de que “la Unión Cívica Radical, especulando con los arraigados sentimientos democráticos del pueblo argentino, puso en el centro de su propaganda la idea de que todo voto restado al radicalismo era un voto a favor del fascismo”⁵⁴.

Acaso reconociendo la fortalecida posición de la UCR, el comunismo dedicó unas líneas a comentar los conflictos internos del radicalismo. Allí distinguía al “ala derecha”, el sector unionista, cada vez más beligerante frente al “ala izquierda” intransigente representada por la ascendente figura de Arturo Frondizi. En su caracterización, el PC admitía que ese sector, de prédica antiimperialista y a favor de la reforma agraria, había concitado el apoyo de los jóvenes y de la mayoría de los afiliados radicales. Sin embargo, lo acusaba de “ceder a las presiones” del ala derecha del partido en pos de mantener la unidad partidaria. No obstante, el PC aseguró que el rol que le cabía a la dirigencia intransigente consistía en avanzar “en la unidad de acción con todas las fuerzas democráticas, en particular, con la comunista”⁵⁵.

Las disputas internas del radicalismo también eran un exponente de una coyuntura política contradictoria para el comunismo, que disgregaba aleatoriamente elementos progresistas y reaccionarios. El sector intransigente de la UCR daba mucha importancia a su contenido programático y responsabilizaba a los unionistas de haber extraviado la identidad radical en la Unión Democrática de 1945, permitiendo que el peronismo accediera al poder por apoderarse de las banderas históricas de la UCR. Por su parte, el unionismo acusaba a la intransigencia de parecerse demasiado a los peronistas y, en particular, señalaba al grupo de Frondizi por utilizar un lenguaje filomarxista que consideraba ajeno a la fisonomía histórica del radicalismo. Unos y otros convivían cada vez más tensamente dentro del mismo partido, conteniendo intereses contradictorios que, a criterio del comunismo, estaban destinados a reagruparse de otro modo.

A lo largo de 1952, el PC experimentó su momento de mayor acercamiento al peronismo en aquella década. Todo empezó con un discurso de Perón que mencionó la necesidad de conformar “un frente popular unido”. Dicha consigna fue interpretada por el comunismo como equivalente al de su propia convocatoria frentista. Más allá de las inciertas intenciones de Perón -quien reprodujo la expresión de forma aislada, aunque en un momento en que el gobierno se preocupaba por contactar a los sectores de la oposición que podían ser más afines-, el PC afirmó que dicha declaración era “oportuna y necesaria”. En ese sentido, declaró que “ante la gravedad de la situación actual, [el PC] está dispuesto a luchar hombro

⁵⁴ “Resolución del Comité Ejecutivo del PC sobre el significado del resultado de las recientes elecciones y sobre las tareas del partido en la nueva situación”, enero de 1952.

⁵⁵ Idem.

con hombre con peronistas y no peronistas para llevar a la práctica lo que el general Perón llama “frente popular unido”, aunque reclamó mayores precisiones programáticas para avanzar en su conformación⁵⁶.

En su declaración, el comunismo profundizó sus críticas a los movimientos conspirativos contra el gobierno, asegurando que existían “enemigos jurados de nuestro pueblo y de nuestra patria” que, tanto desde adentro como desde afuera del país, hacían circular rumores alarmistas y actos de provocación, “con el fin de crear el clima favorable para el golpe de Estado que preparan febrilmente”. Estos sectores no se mostraban conformes “con las concesiones que ya les ha hecho y les está haciendo el gobierno peronista”, sino que buscaban “un gobierno dictatorial abierto, que deje de lado toda demagogia social y que, por lo tanto, no esté colocado bajo la presión de las masas”. En ese sentido, el PC criticaba la colaboración de la mayoría de la oposición con los sectores golpistas y afirmaba:

Por otra parte, importantes sectores democráticos de la oposición, en lugar de esforzarse, tal como hacemos los comunistas, por establecer la unidad de acción de peronistas y no peronistas dispuestos a luchar por el pan y por el trabajo, y por la democracia y la paz y dar una salida progresista a la situación actual, se niegan a ello e, irritados, con razón, por la política de persecución sistemática que practica el gobierno peronista contra los que no le rinden pleitesía y no se avienen a aceptar como un dogma su sedicente política “justicialista”, aceptan el principio negativo de “tanto peor, tanto mejor” que sostienen los golpistas⁵⁷.

Una vez más, este planteo revelaba la soledad del lugar político que asumía el comunismo en el enfrentamiento entre peronistas y antiperonistas. A pesar de admitir que había sectores de la oposición que se hallaban irritados con razón por el hostigamiento gubernamental, el PC aseguraba que la inclinación de éstos a participar junto a sectores reaccionarios en una salida militar conducía a un escenario peor que el vigente. En esta línea, el comunismo pareció retomar sus expectativas iniciales de influir en la correlación interna de fuerzas del movimiento peronista, donde siempre identificaba la presión que ejercían sus masas simpatizantes como elemento progresivo ante cualquier encrucijada. Esta tensión era la que, para los comunistas, pretendían liquidar los golpistas con la instauración de un gobierno dictatorial que no estuviera expuesto a esa clase de compromisos.

La voluntad de acercamiento del comunismo al gobierno se manifestó a lo largo de 1952 en el episodio conocido como el “Caso Real”, cuando un importante miembro de la dirigencia comunista, Juan José Real, protagonizó un debate interno tendiente a profundizar la incorporación del partido al peronismo. Esta discusión, que afectó al PC durante la segunda mitad del año, se desarrolló ante la ausencia de Codovilla en el país, y fue la vuelta del líder la que terminó de zanjar la discusión con la expulsión de Real y la ratificación de la “línea independiente” del partido. Si bien el episodio nunca terminó de ser aclarado públicamente, diversas interpretaciones coinciden en señalar que el protagonismo otorgado a Real cumplió la función de un chivo expiatorio, concentrando en la “desviación” de un importante dirigente la existencia de un debate que llegó a interpelar a un sector considerable de la dirigencia y la militancia comunista⁵⁸.

⁵⁶ “A propósito del discurso del General Perón invitando a los trabajadores a formar un Frente Popular Unido para desbaratar los planes de la conspiración oligárquico-imperialista”, folleto, 25 de abril de 1952, 4. Entre las condiciones planteadas por el PC se encontraba una vasta serie de medidas económicas, la libertad de todos los presos políticos y el acercamiento diplomático a la Unión Soviética y sus países satélites.

⁵⁷ *Ibid.*, 2.

⁵⁸ Amaral (2008), *op. cit.*, 27 y Gurbanov y Rodríguez, *op. cit.*, 111. El propio testimonio de Real -en su autobiografía publicada en 1962- no resulta demasiado ilustrativo al respecto y evita las referencias directas a su proceso de destitución, acaso en una contribución tardía a la férrea disciplina partidaria de alguien que llegó a ser uno de los principales dirigentes del comunismo local. En cambio, Real sí se refiere al impacto del discurso del “frente popular unido” sobre la militancia y dirigencia del PC y

Con el juicio interno y la expulsión a Real, el comunismo pretendió clausurar definitivamente un acercamiento más decidido al peronismo y a partir de entonces -hasta las jornadas previas al golpe de 1955- reanudó un discurso más crítico hacia el gobierno. Se trataba, en rigor, de una marcada oscilación política que lo acercaba al peronismo toda vez que reconocía la presencia de sus elementos populares y que se distanciaba de cualquier estrategia opositora en clave golpista, pero a través de una proximidad que tenía vedado por completo el abandono de la autonomía política y del perfil independiente del partido. En ese sentido, la línea partidaria condenaba por igual dos actitudes: el “sectarismo” que se apartaba del contacto con las masas peronistas y hacía seguidismo de la oposición antiperonista, y el “oportunismo” de cerrar filas con el peronismo, una desviación de carácter “nacionalista-burgués”, como había espetado Codovilla a Real, que olvidaba que “el peronismo es un fenómeno circunstancial y que el Partido es lo permanente”⁵⁹.

Contra las “aventuras golpistas” y la expectativa después de 1955

Tras la expulsión de Real, el discurso comunista a lo largo de 1953 y 1954 retomó las expresiones más críticas al “Estado corporativo de tipo fascista” como caracterización del régimen peronista. No obstante, de cara a las elecciones a vicepresidente de abril de 1954 -a causa de la muerte del vicepresidente electo Hortensio Quijano-, el PC insistió en su propuesta de reunir a “todos los patriotas argentinos, pertenezcan al campo del peronismo o de la oposición” y afirmó que “el imperativo de la hora es el de unir, unir y unir”⁶⁰. En dichos comicios, el comunismo mejoró su resultado de 1951 y obtuvo más de 88 mil votos.

Tras las elecciones, sin embargo, el partido reiteró que era necesario “continuar explicando pacientemente a los obreros, sobre todo los que aún confían en el gobierno peronista, que no deben confiar en “hombres providenciales” sino en sus propias fuerzas” e insistió en que “para que la clase obrera pueda jugar su papel dirigente en el bloque de todas las fuerzas democráticas y progresistas, debe liberarse de la influencia de las ideologías reaccionarias, sobre todo de la influencia de la ideología peronista”⁶¹. Hacia inicios de 1955, el PC adoptó fuertes críticas al convenio petrolero con la Standard Oil y al Congreso de la Productividad, medidas que representaban un giro de la política económica peronista a partir del segundo mandato, orientado a una mayor austeridad y apertura a las inversiones extranjeras.

Sin embargo, cuando el comunismo parecía abrazar definitivamente el rol opositor, la crisis final del gobierno desatada en el invierno de 1955 lo distanció una vez más de los sectores golpistas del antiperonismo. Estos grupos resolvieron pasar a la ofensiva el 16 de junio de aquel año con un bombardeo aéreo a la Casa de Gobierno que intentó liquidar a Perón, liderado principalmente por sectores de la Marina, el sector de las Fuerzas Armadas de composición más antiperonista. Al igual que en el levantamiento frustrado de 1951, los militares sublevados mantenían fluidos vínculos con dirigentes políticos opositores.

afirma: “Todo el partido, sus dirigentes y sus bases -con la sola excepción de Rodolfo Ghioldi, que en esto del peronismo era muy intransigente- recibieron este documento con enorme entusiasmo. Con esa actividad que es proverbial en los militantes comunistas, nos lanzamos al trabajo, a la difusión, a la búsqueda de contactos. Debía ser para nosotros el sésamo ábrete, el instrumento ideal para establecer lazos de amistad con los trabajadores peronistas de los que estábamos separados”. Juan José Real, *30 años de historia argentina*, Buenos Aires: Actualidad, 1962, 149.

⁵⁹ Victorio Codovilla, *Defender la línea independiente del Partido para construir el frente de la democracia, de la independencia nacional y la paz*, Buenos Aires: Anteo, 1953, 11. El libro reproduce el informe de Codovilla rendido al Comité Central entre el 6 y 8 de febrero de 1953.

⁶⁰ “Manifiesto del Partido Comunista. Con motivo de las elecciones del 25 de abril de 1954”, folleto, marzo de 1954, 8.

⁶¹ “Resolución sobre el trabajo de los comunistas en el movimiento sindical”, folleto, septiembre de 1954.

Tras el bombardeo a la Plaza de Mayo, el PC responsabilizó al imperialismo norteamericano por el ataque y pidió luchar contra un intento de golpe que llamó “reaccionario”. En ese sentido, abogó por una “reconstrucción democrática” que debía ser protagonizada, una vez más, por los sectores progresistas tanto del oficialismo como de la oposición. De este modo, Codovilla afirmaba:

Hay quienes proponen dar una salida a la situación política actual mediante aventuras golpistas. Hay golpistas de derecha y de izquierda; hay quienes presionan a Perón para que acelere aún más el ritmo de entrega del país a los imperialistas yanquis e intensifique las medidas reaccionarias contra la clase obrera y el pueblo; hay quienes desesperan de la posibilidad de conquistar a las masas peronistas para una política democrática y progresista y quieren cambiar la situación también a través de un golpe de fuerza. Nuestro partido se opone a esos golpes. Basándose en las enseñanzas leninistas de que todo debe hacerse con las masas y no sin las masas o contra ellas, señala que el camino a seguir es el de conquistar a las masas influenciadas por el peronismo...⁶²

Si bien el líder del PC insistía en la necesidad de la independencia política de su partido y lamentaba que “el proceso de esclarecimiento de las masas respecto al carácter de clase del gobierno peronista fue lento y penoso”⁶³, su lectura de la salida militar que empezaba a tomar forma en el conjunto de la oposición fue interpretada como una alternativa regresiva al propio gobierno peronista. Como ya había manifestado en 1952, el comunismo avizoraba detrás de aquellas “aventuras golpistas” la vocación de sectores “oligárquicos y pro-imperialistas” de reemplazar al peronismo por un gobierno dictatorial que no estuviera sometido a la presión de las masas y, por ese motivo, el PC era crítico del espectro partidario opositor “de derecha y de izquierda” que prestaba su consentimiento a una salida forzosa de Perón. Ciertamente, el imperialismo norteamericano operaba como un demiurgo del discurso comunista, a cuyo accionar se atribuía tanto la capitulación de los dirigentes oficialistas y la rectificación de la política económica peronista como la estrategia golpista de políticos y militares opositores.

El comunismo se distanció en soledad de la oposición que celebró el golpe militar de septiembre de 1955. La caída del gobierno, largamente esperada por la opinión pública antiperonista, fue celebrada en las calles con predominio de las clases medias y altas urbanas, dando inicio a la llamada “Revolución Libertadora” y a la asunción del general Eduardo Lonardi a la presidencia. A su vez, los partidos opositores saludaron al nuevo régimen como una restitución de los valores de la libertad y la democracia en reemplazo de un régimen totalitario que encarnaba su opuesto.

La nueva etapa, sin embargo, no detuvo la lucha entre peronistas y antiperonistas ni la oscilación del comunismo frente a ella. Bajo el breve gobierno de Lonardi, el PC moderó sus críticas al régimen militar y mantuvo una posición expectante a la espera de recuperar influencia sobre el movimiento obrero. Sin embargo, la asunción del general Pedro Eugenio Aramburu, que agudizó la proscripción y represión al peronismo, lo encontró nuevamente en una política de articulación gremial con las bases sindicales peronistas. A su vez, el PC fue excluido de la Junta Consultiva Nacional, formada por representantes de los autoproclamados “partidos democráticos” que conformaban un órgano de colaboración con la Revolución Libertadora⁶⁴. Al término del régimen militar, así como el contexto de la Guerra Fría propició

⁶² Victorio Codovilla, *El leninismo y la lucha del pueblo argentino por la paz, la democracia y la independencia nacional*, Buenos Aires: Anteo, 1955, 45.

⁶³ *Ibid.*, 17.

⁶⁴ Sobre el PC y la Revolución Libertadora, véase Spinelli, *op. cit.*; Hernán Camarero, “Tras las huellas de una ilusión: el Partido Comunista argentino y sus planteos del Frente Democrático Nacional (1955-1962)”, Archivos de historia del movimiento obrero

que un sector del antiperonismo manifestara un creciente anticomunismo, el PC no fue indiferente a lo que vislumbró como un “giro a la izquierda” del peronismo y sostuvo en ese sentido la línea de acercamiento a sus bases⁶⁵.

De cualquier forma, el comunismo no sería ajeno a la crisis que sufrieron tras la caída de Perón todas las fuerzas políticas que integraron la oposición entre 1945 y 1955. A pesar de los esfuerzos de “desperonización” impulsados por el gobierno de Aramburu, el peronismo se revelaría como una identidad política duradera y, con su líder en el exilio, empezaría a transitar un camino de mutaciones - entre la resistencia y la integración, según la célebre fórmula de Daniel James- que acompañaría una nueva etapa de la historia política argentina. Mientras tanto, los viejos partidos antiperonistas, como radicales, socialistas y conservadores, atravesaron rupturas directamente heredadas de las disidencias internas que suscitó el debate en torno al peronismo, tanto en la revisión del accionar pasado como a la asimilación de su supervivencia política. Por su parte, el comunismo, a lo largo de los años '60, experimentaría divisiones que no fueron indiferentes a la irrupción de una nueva generación de jóvenes que aspiraba a reelaborar críticamente la relación de la izquierda con la experiencia peronista.

Comentarios finales

El vertiginoso ascenso del peronismo no sólo interrumpió el lento pero sostenido desarrollo del comunismo argentino, sino que dio inicio a una larga historia de desencuentros entre la izquierda y el mundo del trabajo. De aquel modo se replicó en estas latitudes un conflicto frecuente en la historia latinoamericana entre la tradición marxista y los movimientos de tipo nacional-popular, o populismos clásicos, de los cuales el peronismo representó una experiencia prototípica. A contramano de la hipótesis teleológica de Marx basada en la trayectoria de la clase obrera europea, marcada por el pasaje de la lucha sindical autónoma al partido de clase, en esta región los trabajadores frecuentemente adhirieron a movimientos policlasistas que promovían su ascenso social. No obstante, esta incorporación, que condujo a la participación de la clase obrera en experiencias de gobierno antes de agotar su hipotética trayectoria autónoma, representó un momento inédito de unidad política y constitución popular con señas de identidad duraderas.

Por su tradición orientada a la representación del proletariado, el comunismo no pudo ser indiferente a la exitosa interpelación del peronismo a los trabajadores argentinos. Su marco teórico le proveyó herramientas para considerar que la naturaleza de aquel vínculo, atribuida al atraso socioeconómico del país y la inmadurez de su clase obrera, era un fenómeno circunstancial destinado a desaparecer. Esta lectura posicionó al partido en un rol expectante, de diálogo con las masas peronistas, a la espera de que la grieta con el gobierno le permitiera retomar un lugar preponderante entre los trabajadores.

La lectura del comunismo del escenario abierto con el triunfo de Perón, plasmada en la tesis del XI Congreso de 1946, lo distanció de sus antiguos socios de la Unión Democrática, con quienes había construido una creciente afinidad cultural y política en torno al antifascismo liberal desde mediados de los años '30. No obstante, la verdadera incomodidad del comunismo fue con la dicotomía que ordenó a la política argentina cada vez más en torno al conflicto peronismo-antiperonismo. Su constante como estéril llamamiento a un reagrupamiento de los sectores progresistas que visualizaba en ambos campos reveló la soledad de su posicionamiento frente a una polarización que absorbía la totalidad del espectro político.

y la izquierda, 3, 5, 31-50; Ezequiel Murmis, “El Partido Comunista en el movimiento obrero argentino durante la “Revolución Libertadora”: del golpe de estado a la alianza entre el sindicalismo comunista y peronista (1955-1958)”, *Izquierdas*, 28, 114-136.

⁶⁵ Véase Victorio Codovilla, *El significado del “giro a la izquierda” del peronismo*, Buenos Aires: Anteo, 1962.

Esta lectura situó al comunismo en un lugar político complejo y difícilmente estable dentro del campo antiperonista, que integró de forma conflictiva y al cual nunca se asimiló completamente. La hostilidad del gobierno con los partidos opositores lo acercó a sus antiguos socios en la defensa de las libertades públicas y la crítica al “Estado corporativo de tipo fascista” que acuñó como descripción del régimen. Sin embargo, se distanció una y otra vez de la “oposición sistemática”, que no dudaba en inclinarse a discursos más conservadores en pos de atacar al peronismo, como tampoco suscribió el proceso de radicalización antiperonista. Tanto el golpe frustrado de Menéndez en 1951 como la crisis final de 1955 detuvieron un viraje opositor cada vez más pronunciado del PC, que tomó distancia de las apuestas extra-institucionales del resto del antiperonismo.

En los meses previos al derrocamiento de Perón, Codovilla se lamentaba de que el proceso de esclarecimiento de las masas hubiera resultado lento y penoso. El fin de la primera experiencia peronista demostraría la trascendencia de dicho movimiento más allá del exilio de Perón. Allí se iniciaría un nuevo capítulo de aquella larga historia de encuentros y desencuentros entre la izquierda argentina y el peronismo.

Referencias bibliográficas

Fuentes primarias

Documentos partidarios

“Los comunistas argentinos y el Plan Quinquenal de Perón”, Conferencia Nacional del Partido Comunista, Buenos Aires, 15 y 16 de diciembre de 1946.

“Manifiesto del Comité Central del Partido Comunista con motivo de las elecciones del 7 de marzo”, enero de 1948.

“Por una reforma constitucional antioligárquica y antiimperialista. Posición del Partido Comunista sobre la Reforma de la Constitución”, 1948.

“Declaración del Comité Ejecutivo del Partido Comunista contra la reacción oligárquico-imperialista: en defensa de las libertades democráticas”, enero de 1950.

“Resoluciones del Comité Central Ampliado del Partido Comunista”, Rosario, 28 y 29 de julio de 1951.

“Resolución del Comité Ejecutivo del PC sobre el significado del resultado de las recientes elecciones y sobre las tareas del partido en la nueva situación”, enero de 1952.

“A propósito del discurso del General Perón invitando a los trabajadores a formar un Frente Popular Unido para desbaratar los planes de la conspiración oligárquico-imperialista”, 25 de abril de 1952.

“Manifiesto del Partido Comunista. Con motivo de las elecciones del 25 de abril de 1954”, marzo de 1954.

“Resolución sobre el trabajo de los comunistas en el movimiento sindical”, septiembre de 1954.

Libros

Arnedo Álvarez, Gerónimo, *Cinco años de lucha. Entre el X y el XI Congreso*, Buenos Aires: Anteo, 1946.
Codovilla, Victorio, *Batir al naziperonismo para abrir una era de libertad y progreso*, Buenos Aires: Anteo, 1946a.

-----, *¿Dónde desembarcará la situación argentina?*, Buenos Aires: Anteo, 1946b.

-----, *¿Democracia o reacción?*, Buenos Aires: Anteo, 1947.



- , *Defender la línea independiente del Partido para construir el frente de la democracia, de la independencia nacional y la paz*, Buenos Aires: Anteo, 1953.
- , *El leninismo y la lucha del pueblo argentino por la paz, la democracia y la independencia nacional*, Buenos Aires: Anteo, 1955.
- , *El significado del "giro a la izquierda" del peronismo*, Buenos Aires: Anteo, 1962.
- , *Trabajos escogidos*, Tomo I, Buenos Aires: Anteo, 1972.
- Real, Juan José, *30 años de historia argentina*, Buenos Aires: Actualidad, 1962.

Publicaciones periódicas

La Prensa

Fuentes secundarias

- Altamirano, Carlos, *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires: Siglo Veintiuno, 2011 [2001].
- Amaral, Samuel, "La renuencia de las masas: el Partido Comunista ante el peronismo, 1943-1955", *Documentos de trabajo*, 397, 2008.
- , *El movimiento nacional-popular. Gino Germani y el peronismo*, Sáenz Peña: Eduntref, 2018.
- Azzolini, Nicolás, *Los tiempos de la democracia. Conceptos, identidades y debates políticos durante el primer peronismo(1943-1955)*, Villa María: Eduvim, 2018.
- Campione, Daniel, "El Partido Comunista de la Argentina. Apuntes sobre su trayectoria", E. Concheiro Bórquez, M. Modonesi y H. Crespo (coords.), *El comunismo: otras miradas desde América Latina*, México: UNAM, 2007, 167-215.
- Camarero, Hernán, *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo, 1920-1935*, Buenos Aires: Siglo Veintiuno, 2009.
- , "Tras las huellas de una ilusión: el Partido Comunista argentino y sus planteos del Frente Democrático Nacional (1955-1962)", *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, 3: 5, 2014, 31-50.
- Cantón, Darío, *Elecciones y partidos políticos en Argentina. Historia, interpretación y balance. 1910-1966*, Buenos Aires: Siglo Veintiuno, 1973.
- Cattaruzza, Alejandro, "Visiones del pasado y tradiciones nacionales en el Partido Comunista Argentino (1925-1950)", *A Contracorriente*, 5: 2, 2008, 169-195.
- Fiorucci, Flavia, *Intelectuales y peronismo 1945-1955*, Buenos Aires: Biblos, 2011.
- García Sebastiani, Marcela, *Los antiperonistas en la Argentina peronista. Radicales y socialistas en la política argentina entre 1943 y 1951*, Buenos Aires: Prometeo, 2005.
- Germani, Gino, *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires: Paidós, 1977 [1962].
- Gurbanov, Andrés y Sebastián Rodríguez, "Los comunistas frente al peronismo: 1943-1955", *Temas de historia argentina y americana*, 26, 2016, 83-124.
- Halperín Donghi, Tulio, *La Argentina y la tormenta del mundo. Ideas e ideología entre 1930 y 1945*, Buenos Aires: Siglo Veintiuno, 2013.
- Jáuregui, Aníbal, "El peronismo en los debates del Partido Comunista Argentino, 1945-1953", *A Contracorriente*, 9: 12, 2012, 22-40.
- Lobato, Mirta, "Rojos. Algunas reflexiones sobre las relaciones entre los comunistas y el mundo del trabajo en la década de 1930", *Prismas*, 6, 2002, 205-216.
- Lvovich, Daniel y Marcelo Fonticelli, "Clase contra clase. Política e historia en el Partido Comunista argentino (1928-1935)", *Desmemorias*, 6, 23/24, 1999.

Murmis, Ezequiel, “El Partido Comunista en el movimiento obrero argentino durante la “Revolución Libertadora”: del golpe de estado a la alianza entre el sindicalismo comunista y peronista (1955-1958)”, *Izquierdas*, 28, 114-136.

Martínez Mazzola, Ricardo, “Nacionalismo, peronismo, comunismo. Los usos del totalitarismo en el discurso del Partido Socialista Argentino (1946-1953)”, *Prismas*, 15, 2011, 105-125.

Murmis, Miguel y Juan Carlos Portantiero, *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires: Siglo Veintiuno, 2004 [1971].

Nállim, Jorge, *Las raíces del antiperonismo. Orígenes históricos e ideológicos*, Buenos Aires: Capital Intelectual, 2014.

Panella, Claudio y Marcelo Fonticelli, *La prensa de izquierda y el peronismo (1943-1949). Socialistas y comunistas frente a Perón*, La Plata: UNLP, 2007.

Pasolini, Ricardo, *Los marxistas liberales. Antifascismo y cultura comunista en la Argentina del siglo XX*, Buenos Aires: Sudamericana, 2013.

Petra, Adriana, *Intelectuales y cultura comunista. Itinerarios, problemas y debates en la Argentina de posguerra*, Buenos Aires: FCE, 2017.

Potash, Robert, *El ejército y la política en la Argentina 1928-1945. De Yrigoyen a Perón*, Buenos Aires: Sudamericana, 1971 [1969].

Prado Acosta, Laura, *Los intelectuales del Partido Comunista. Itinerario de Héctor Agosti (1930-1963)*, Raleigh: A Contracorriente, 2015.

Sigal, Silvia, “Intelectuales y peronismo”, en Juan Carlos Torre (dir.), *Los años peronistas (1943-1955)*, Buenos Aires: Sudamericana, 2002, 481-522.

Spinelli, María Estella, *Los vencedores vencidos. El antiperonismo y la “revolución libertadora”*, Buenos Aires: Biblos, 2005.

Staltari, Silvana, “El Partido Comunista frente al peronismo: estrategia y tácticas políticas, 1945-1955”, *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, 3: 5, 2014, 11-30.

Tcach, César, *Sabatinismo y peronismo. Partidos políticos en Córdoba (1943-1955)*, Buenos Aires: Biblos, 2006 [1991].

Terán, Oscar, *Aníbal Ponce. ¿El marxismo sin nación?*, México: Cuadernos de Pasado y Presente, 1983.